

VALIENTES

La mujer estaba citada en el cuartel para una declaración. Sus arrugas marcaban los setenta, estaba viuda y sin hijos. Esperaba sentada, sin prisa, mientras estiraba de su falda para cubrirse las rodillas.

— Doña Julia Montoya, ¿de qué conoce a Rosa García? — comenzó preguntando el agente.

— Es mi sobrina, y como una hija para mí.

— ¿Viven juntas? — continuó el oficial.

— No, pero casi. Por las tardes cuido de sus hijas y les doy la merienda. Cuando ella vuelve a casa se lía en la cocina y después de cenar, las tres se acurrucan en el sofá a imaginarse un jardín con flores, o a viajar con Aladino y su lámpara, o simplemente se acarician y se dicen cosas bonitas.

— Dígame, ¿sabe cuándo desapareció Felipe Torres Jiménez?

— Me acuerdo perfectamente, porque era el día de mi cumpleaños del verano pasado. La tarde estaba bochornosa. Ni un alma en la calle, ni un trino de pájaros y *la Rosi*, muy asustada, apareció en mi casa con sus dos niñas.

Parecían un matrimonio feliz, pero fue a los pocos meses de nacer la pequeñina cuando la relación cambió a peor porque *al Felipe* no le gustaban ni los llantos ni el trajín de la casa. Su carácter se avinagró y se quejaba a gritos por todo, espetándole a la cara que era una inútil. Comenzó a frecuentar los bares a diario y a mi sobrina le salían moretones en la cara.

Estaba claro lo que estaba claro —continuaba Julia— *el Felipe* había llegado a las manos. A mí no me la dan con queso, que sé bien de lo que hablo, porque yo lo sufrí igualmente, aunque sólo una vez. Las demás mujeres te decían que te resignaras, que algunos hombres, sin ser brutos, tenían *mal beber*.

El funcionario sudaba. No sabía muy bien si era porque hizo suyo el calor de aquella fatídica tarde, o porque intuyó que le quedaba interrogatorio para rato.

—Al grano doña Julia, por favor.

—Perdón. Lleva usted razón. Esa manera de ser tan agria, le llevó a tener peleas con los compañeros, no cumplir horarios y no prestar atención a los encargos. Tanto es así que le

despidieron del trabajo. En el pueblo ya no se le veía, porque se iba fuera a tomarse las copas. Cuando regresaba era con la misma cantinela y golpes conocidos. Y la paliza del catorce de julio fue la última que le propinó, porque después pasó lo que pasó.

El oficial no podía dar crédito a la terrible historia narrada por la mujer. La versión de que el hombre se había ido para no volver, era la que todo el pueblo conocía.

— Puede marcharse, hemos terminado — concluyó el policía.

Pero Julia nunca había contado a nadie que aquel día en el que Rosa, más asustada que nunca, apareció en su casa con las pequeñas, la había convencido para que se quedaran a dormir con ella.

Con la disculpa de sacar al perro, cogió del corral la antigua escopeta de caza que había pertenecido a su marido. La desenfundó y la cargó con unos cuantos cartuchos, la envolvió en una vieja manta mulera y se encaminó a la casa de Rosa. Allí se quedó esperando hasta que Felipe apareciese por la trasera.

El silencio del anochecer lo rompió una brusca frenada. El hombre, borracho, se bajó del coche a trompicones esperando cena y cama, sin embargo, no llegó a abrir la cochera para guardar el vehículo, porque allí en medio se había colocado Julia, encañonándole con la *Benelli*. La situación le pareció graciosa y comenzó a reírse, pero entonces ella disparó un cartucho al aire, demostrándole que sabía manejar el arma y estaba dispuesta a que el segundo fuese a su cuerpo.

No se sabe si fue por la sorpresa, o por el alcohol, pero Felipe se orinó en los pantalones, y dando media vuelta, se metió en el coche como pudo, obedeciendo la orden que le dio la mujer de no volver a pisar la casa ni el pueblo.

Con el paso del tiempo, Rosa había conseguido vivir sosegada y con la mayor tranquilidad posible. Como madre fuerte que era, buscó trabajo y enseguida la contrataron en los campos de aguacate y en los invernaderos de fresas. Así, poco a poco, los días volvieron a resultarle azules y las noches estrelladas.

A pesar de todo, siempre sentía que un ave de mal agüero le rondaba el aire.

Al día siguiente de la citación de su tía en la comisaría, ella recibió un requerimiento para realizar la identificación de un cuerpo. Era en el hospital *Juan Ramón Jiménez*, y la tía Julia tampoco la dejó sola en esta ocasión.

Cuando Rosa entró en el depósito sintió una punzada en el pecho y se quedó paralizada al reconocer la cara del fallecido, aunque pudo confirmarles lo que las pruebas ya habían demostrado. Se trataba del cuerpo apuñalado de Felipe, que de tanto sembrar vientos, parecía haber recogido su propia tempestad.

Durante el viaje de vuelta al pueblo soñaba un futuro de color, liberado de pesadas sombras grises. Sentía bullir en su interior emociones encontradas de alegría y de tristeza. Ella no hubiera deseado ese final para el padre de sus niñas y por eso le inundaba la pena, pero, por otra parte, no sabía muy bien a quién dar gracias, porque en su casa ya no olería nunca más a miedo.

Las dos mujeres se miraban, lloraban y sonreían. Sabían que finalmente dormirían en calma, con las ventanas abiertas para que el amanecer les diera los buenos días. Se apretaban las manos, se abrazaban y tarareaban la canción sanadora que se escuchaba en la radio del autobús.